

MUSICA: X

El triunfo de la sensibilidad

Nació en París y cuando llegó a Buenos Aires adoptó la ciudadanía de su madre, que es argentina. Pero los ojos llameantes delatan la ascendencia turca del padre, que creció en Esmirna. La mezcla favorece a Sarah Ventura, una *regisseur* que hace siete años ejerce su talento en el *Grand Théâtre* de Ginebra. Sin embargo, su voz tiene un dejo melancólico: "Es ridículo tener que aprender allá lo que deberíamos aprender aquí". De paso por Buenos Aires, instalada en un opulento piso de la avenida del Libertador, Sarah Ventura descansa unos días antes de iniciar una nueva aventura: el montaje de *La Finta Giardinera*, de Mozart, una empresa que la apasiona.

Después de navegar por las aguas no siempre plácidas del Instituto Superior de Arte del Colón, la empeñosa directora fue nombrada asistente de los *metteurs-en-scène* extranjeros que llegaban a Buenos Aires para actuar en la temporada lírica: sus conocimientos de inglés, francés, italiano y alemán la convertían en la persona adecuada. En medio de los tropiezos —que ya parecen inevitables— y los desengaños infligidos por una organización que suele desconfiar de los talentos nacionales, Sarah Ventura actuó a la vera de Marcel Lamy, quien había sido contratado para dirigir *Pénélope*. Encantado por la idoneidad profesional de su auxiliar, un año después le escribió una carta: era un ofrecimiento para trabajar en el *Grand Théâtre*, una sala especializada en ópera.

En realidad, la preparación de la Ventura era la mejor visa para ingresar en un mundo que no admite improvisaciones. En Buenos Aires había estudiado pintura en el taller de Battlle Planas y canto con Rose Ader, de la

Ópera de Viena. Una experiencia que le permitió aceptar el papel de Iola en *Cavalleria Rusticana* y protagonizar *El amor brujo*, de Falla, con la célebre orquesta de la *Suisse Romande*, el último feudo de Ernest Ansermet.

Pero ni el dibujo, ni la pintura, ni la música misma conseguían reemplazar la vocación por una disciplina que engloba a todas las demás: la dirección escénica. Sarah Ventura detesta el divismo (aunque vive en la *avenue Calas*, en la *city ginebrina*) "porque en teatro, si se busca que las cosas salgan como tienen que salir, no es posible que nada perturbe la labor de equipo". Y éste es el criterio que también impone en sus cursos de *jeu de scène lyrique*, en el Conservatorio de Ginebra, una tarea que le permite aplicar con más tiempo y comodidad sus aptitudes de psicóloga, "condición indispensable —afirma— para seguir adelante sin estrellarse contra la pared".

Ahora, explica, le atrae la ópera de cámara "porque entiendo que se necesita gente más completa y mejor formada que para los grandes espectáculos". Es lógico, entonces, que su autor predilecto sea Mozart. Eso no quiere decir que menosprecie otras áreas: le gustaría, por ejemplo, dirigir teatro dramático, aunque "no sé si todavía es el momento". El comienzo de la nueva temporada la sorprenderá en la preparación de diez espectáculos, entre ellos *El retablo de Maese Pedro*, de Falla, *Il ballo delle Ingrate* y *Il Combattimento di Tancredi e di Clorinda*, ambas de Monteverdi.

Su erudición avala estos riesgos: ha intervenido en casi un centenar de espectáculos líricos, recorriendo todo el repertorio internacional, junto a expertos tan notables como Gian Carlo Menotti en el montaje de *El cónsul* y Wieland Wagner en tres ceremonias sacramentales de su abuelo: *Tristán*, *El buque fantasma* y *Parsifal*, consumadas en los altares de Bayreuth. Un aprendizaje que, como Sarah Ventura no se cansa de repetir, hubiera preferido realizar aquí. ♦



Culver Pictures

Haydn: Cantar en la guerra.

DISCOS: X

Para celebrar el Génesis

La creación —Faltaban pocas horas para que la artillería napoleónica cruzara los umbrales de Viena. En el suburbio de Cumpendorf un anciano tranquilizaba a sus criados: "No temáis, hijos. Con Haydn a vuestro lado ningún daño puede aconteceros".

Inmovilizado en su silla de paralítico, a los 77 años, Haydn estaba inundado de gloria. Un viaje a Londres había hecho delirar al público inglés, que lo cubrió de halagos y de regalos suntuosos. Un año atrás —el 27 de marzo de 1808— fue transportado hasta el escenario: desde ahí asistió al estreno de *La creación*. Los vieneses lo vieron en el teatro por última vez.

El oratorio, dirigido por Salieri, ocupó sus afanes durante un año, lapso demasiado breve para la gran empresa.

Para escribirlo, Haydn recurrió al Génesis: del caos pasó al capítulo de Adán y Eva, llevado de la mano por los arcángeles Gabriel, Uriel y Rafael. La historia, cantada en alemán, estaba salpicada de ingenuas alusiones pintorescas (estallido del sol al amanecer, vuelo del águila, aguas tumultuosas), un toque *naïf* que presagiaba las lavas volcánicas de la juventud de entonces. El día del estreno, los flamantes recursos afligieron a los conservadores, despistaron a los radicales y confundieron a los anarquistas: eran las tres sectas empolladas bajo el ala poderosa de la Revolución Francesa.

Fue una hábil maniobra del genio para hacer relucir, más aún, los destellos de su cetro. El talento impidió, además, que *La creación* comenzara a languidecer con los primeros triunfos de la nueva sensibilidad. Karl Münchinger concierta esta culminación del estilo dieciochesco con su habitual agudeza; guía las voces solistas, el coro de la Ópera del Estado y la Orquesta Filarmónica de Viena con el propósito —logrado— de rubricar un documento (London, SLLC-18089/90, estereo). ♦



Primera Plana

Regisseur Sarah Ventura: La visita de la talentosa dama.